

UN PERIODICO NUEVO.

Este periodico saldra a luz una vez cada Semana.

San José, Noviembre 1 de 1879.

El precio de suscripcion es de un peso por trimestre. Los numeros sueltos valen 10 cts.

La Economía Política.

Al contemplar el cuadro desconsolador que presentan hoy casi todas las naciones del globo, nos hemos preguntado si el mundo irá en decadencia á medida que los tiempos avanzan; si habrán sido infructuosos los trabajos de tantos sabios para regenerar al hombre; si la civilización habrá sido impotente para destruir el instinto de ferocidad y romper la ruda corteza en que estuviera envuelta la humanidad en el oscuro pasado; si tendremos sobre nosotros anatema fatal que nos condene á vivir en lucha eterna y destructora. Y para responder á tales preguntas vacila nuestra mente y nuestro ánimo se apoca; que esos torbellinos que trastornan y enturbian á veces el horizonte de los pueblos, dejando tras de sí ensangrentada la tierra y enlutado el corazón, parecen demostrar que es imposible en el mundo la armonía y la buscada felicidad! Es verdad que ante la historia pasa todo eso cual fatídica vision, sin que los sanos principios, fundamento de moralidad y bienestar social, esperimenten en su esencia la más leve alteracion, aunque se haya atentado contra la majestad de la ciencia y del sentido universal; pero esas luchas, por insignificantes que parezcan, dejan una cicatriz abierta en el corazón de la sociedad y una perniciosa enseñanza para lo porvenir.—Evitar ámbos extremos destruyendo el gérmen que los produzca: he aquí el destino de las ciencias sociales y la obra empezada por la Economía Política.—En su realizacion cifremos nuestro orgullo y fundemos nuestras esperanzas;—que el dia en que la humanidad haya cambiado el clarín de la guerra por el símbolo del trabajo, reemplazando aquel sentimiento por el de su propio interés, rectamente comprendido y sin menoscabo del honor, habrá llegado al ideal

á que se encamina sin descanso el espíritu de los siglos.

Sí,—la Economía Política por sus tendencias y por su naturaleza íntima, está llamada á operar en el mundo el movimiento social de mayores trascendencias que haya contemplado el genio de los hombres. Con la libertad por bandera, acercando con el libre cambio todos los mercados de la tierra y uniendo á los pueblos como se unieron los primitivos moradores, por la necesidad de las mútuas prestaciones, por el auxilio recíproco, por el comercio de ideas y de industrias, aquella ciencia casi en su infancia, hará comprender á los pueblos cuál es su destino y cuáles los medios de realizarlo.

La Economía Política, ciencia eminentemente práctica que estudia al hombre en su propia naturaleza, en sus necesidades y en sus relaciones con los demas, como miembro del consorcio universal; que, armonizando en sus principios las verdades fundamentales de otros muchos ramos del saber, indica á los pueblos el derrotero que há de conducirlos á la posesion tranquila del bien; que desconociendo las erradas ideas del Socialismo encaminadas á extinguir el proletariado, santifica el trabajo y aconseja la caridad, que son sin duda los más eficaces lenitivos para la miseria y para el hambre; esa ciencia, decimos, responde no sólo á las enseñanzas evangélicas de union y fraternidad desinteresadas, demostrando prácticamente que "el rico es el depositario del pan de los pobres," sinó que penetrando en los palacios despues de recorrer la escala social, enseña á los Gobiernos el arte difícil de dirigir la administracion pública fomentando la riqueza, estimulando el trabajo, brindando asilo á la miseria, favoreciendo el tráfico mercantil y las vias de comunicacion, impulsando el ahorro y el mejoramiento de las industrias,

estimulando la actividad y el talento con exhibiciones y premios honoríficos. He aquí como la Economía Política saliendo de lo doméstico y de lo meramente individual, presta su poderoso auxilio á la ciencia administrativa, en pró de la armonía que debe necesariamente reinar entre los intereses generales y el bien particular.

Pero no es sólo en el régimen interior de los pueblos donde esta ciencia tiene eficaz aplicacion. Las relaciones mercantiles entre los diversos centros de produccion, mediante el influjo de las leyes económicas, tienden á confundirla con las leyes internacionales que aspiran á mantener el equilibrio entre las naciones.—¿De qué manera?—Para el economista es muy sencillo: para él los pueblos son entidades consumidoras que se buscan y que se necesitan, por que, como el individuo, ninguno es capaz de producir todo lo que le es indispensable para la vida.—El café de América por ejemplo, es necesario en Europa, como lo son para nosotros sus telas y sus máquinas.—Trátese, pues, de conducir al extranjero los productos de que allá se carece, conviértaseles en elemento de consumo necesario, para que por el cambio y las necesidades correlativas, el mercado de cada pueblo, lo sea á la vez de todos los demas; confúndase en un solo y general interés los capitales, las industrias y todos los elementos del arte y del ingenio,—y así la Economía Política y el Derecho Internacional, en union indisoluble indicarán con sus leyes la línea de conducta que las naciones entre sí deben observar.

La naturaleza misma en la admirable distribucion de su riqueza, dando á unos pueblos y á unas zonas lo que no tienen las otras, llenando un Continente de metales preciosos, otro de tierras feraces, y aquel de magníficos climas y de aguas abundantes,—la naturaleza

decimos, parece que llama á los hombres para que se unan, tomando por pretexto, la ineludible necesidad de los cambios; parece como que se empeñara ella tambien en una fusion de naciones y de intereses, prestando su poderoso auxilio á los principios económicos y á las leyes escritas en el corazón del hombre.

La economía política es una ciencia nueva, un estudio escepcional;—sin pretensiones de penetrar en los grandes misterios de lo ideal ni de resolver los atrevidos problemas de las ciencias abstractas, toma al hombre por uno de sus atributos,—la actividad—y por uno de sus vicios,—el egoismo.—Educa este separándole lo que tenga de repugnante,—y funda sobre aquel una doctrina nueva que satisface perfectamente todas las aspiraciones reales de la vida.

La Economía considera el mundo como un inmenso taller en donde cada individuo es un obrere, y todos á la vez los constructores de la magna obra de la civilización.

La Economía no reconoce fronteras, climas ni razas:—estudia al hombre como un conjunto de necesidades reales y estéticas; y al hacer la fisiología de su naturaleza, ni exagera las dotes de su actividad, ni desprecia los vicios de que adolezca.

Un buen sistema económico es el ideal administrativo.—Los Estados Unidos y Francia lo demuestran.—La deuda inmensa que pesó sobre la primera de aquellas nacionalidades con motivo de la guerra civil, fué satisfecha en pocos años, merced al buen sistema rentístico de aquel país;—y la no ménos grande deuda de guerra contraída por la segunda en la última lucha, fué pagada al Emperador de Alemania, mediante el genio de Thiers, con rapidez asombrosa.—Y ámbos pueblos adelantan fabulosamente guardando en sus arcas

considerables tesoros, sin que su prosperidad parezca resentirse de tan enorme sacrificio.

Más aun,—la Economía Política, armonizando á los pueblos por sus mútuos intereses, ha ofrecido ya al mundo un gran adelanto: ha evitado una guerra que pudo ser terrible.—los Estados Unidos é Inglaterra discutieron sobre el Alabama y la cuestion terminó pacíficamente, respetándose así los grandes intereses mercantiles de ámbos pueblos.

Razonables, fácilmente adaptables en todos los países, altamente filosóficos y eminentemente morales,—el día en que los principios económicos tengan su debida propaganda y su positiva realizacion en los pueblos, la guerra será un vano delirio y una triste recordacion en la historia,—las discordias internacionales serán definidas por los números, por la estadística comercial y por la intervencion de todas las naciones ligadas por su industria y por la mira de comun engrandecimiento!

Es así como el género humano está llamado á realizar en lo porvenir la gran confederacion de todas las razas, guiadas por el interés y por la justicia!

A. A. C.

LITERATURA.

Como sucedió mi desgracia.

Era una niña encantadora.—Su cabeza se doblaba perezosamente sobre el cuello para mirarme, con esa lentitud graciosa con que se vuelve sobre sí misma una flor para recibir los rayos de la mañana. No se puede decir que sus ojos tenían el color del cielo, sino que el cielo toma á veces, cuando es más bello y más espléndido, el suave color de sus ojos; no se puede decir que su mejilla era como la azucena y como el clavel, porque nunca la seda de sus pétalos podrá compararse á la de su mejilla:—parecia formada con esa espuma color de rosa que á la puesta del sol se pasea en menudos copos por el espacio.—¿Cómo eran sus cabellos? Figuraos como deben ser los cabellos de la primavera.—Era, en efecto, todo un abril riente, un abril florido, lleno de perfumes, de luz y divinales sonrisas.—Poseía los vagos contornos de un ángel; pero no hay ángel que pueda tener un alma como la suya.

Estábamos en el baile: el salon preparado por las manos de la alegría, dejaba escapar por la entreabierta ventana el rumor de sus bulliciosos enjambres; la mirada de sus hermosas producía esos confusos resplandores, ese deslumbramiento delicioso con que se mezclan á nuestra vista los innumerables astros de la noche. El vals derramaba su música embriagadora en torno nuestro, arrastrando las animadas parejas en armónico torbellino.—Al ver aquellas fantásticas bellezas, luminosas y transparentes casi como sus blancas vestiduras, se creía estar en uno de sus palacios encantados que todo poeta árabe tiene en su mente para poblarlo con sus caprichosos ensueños.

Salimos juntos al balcon á ver la noche de afuera y á compararla con la noche de adentro tan jubilosa y tan brillante: qué bello nos pareció el jardin con sus largas alamedas y sus flores dormidas y su campo de oscura esmeralda, cruzado por la plata del arroyo y bañado por la plata de la luna!—Para dos corazones como los nuestros era más grato estrecharse el uno contra el otro, bajo las alas de aquella noche llena de sombra y de misterio, que en el seno de la tumultuosa noche del baile.—Cintas de pálida luz colgaban á través de los árboles, un aroma misterioso formado con todos los aromas que la media noche desprende de los recogidos cálices, vagaba por el dilatado espacio.—Aquella calma que hacia resaltar con vigoroso contraste la agitacion de nuestras almas,—aquella soledad que era indispensable para que nuestros espíritus se hubieran atrevido á comunicarse,—aquel silencio en que se podían oír mejor los latidos de nuestro pecho.... Cuánta complicidad tuvo la naturaleza en mi fervido arrebató!

¿Qué fué lo que sucedió entonces? Lo que sucede siempre. Tomé en mi diestra temblorosa su mano de alabastro,—bebí por un instante con mi mirada en sus resplandecientes ojos la luz del infinito y deslicé, pálido de emocion, en su oído una de esas frases que en la oscura lengua de los hombres revelan los éxtasis más sublimes del sentimiento.

..... Ella me dijo temblando: sí. Y así fué como perdí mi libertad.

Los Dioses se van.

(LUIS NOIR.)

El general X. era un excelente táctico.—Tenia, ademas, cierta chispa natural y á no ser por su ignorancia en punto á letras y artes, hubiera muy bien podido ser el ornato de un salon.

Por desgracia sólo habia recibido una educacion secundaria y cometía á cada paso cómicas equivocaciones; pero salia triunfante de las situaciones más burlescas desarmando á los zumbones con sus frases felices, su brusca franqueza y con la ingenuidad tradicional de su raza.

El general quiso dar cierta noche una fiesta en los magníficos jardines de su quinta, situada cerca de Argel, en la deliciosa llanura de Mustafá; y no economizó gasto alguno á fin de que su baile fuera espléndido y pudiera competir en brillo y suntuosidad con los del gobernador de Argelia.

Todo estaba preparado y ocho dias ántes de la fiesta creia el general no haber echado en olvido nada en el programa de los embellecimientos, cuando cayó en cuenta de que su jardin carecia de estatuas. Sabia que en esos mismos dias, un céfiro estaba trabajando el busto de un coronel, muerto hacia poco y al cual se levantaba un mausoleo; el tal soldado era escultor de cierto mérito y el general que no tenia idea del tiempo que es preciso para modelar un grupo, creyó que el artista podría en ocho dias poblar el jardin de dioses y diosas mitológicos. Hizo, pues, llamar al céfiro, el cual se presentó con aire travieso y despejado y con mirada segura. Estos soldados llenos de fantasías llevan la desenvoltura á un extremo increíble, y su modesto capote gris con un desembarazo inaudito: hasta los zuevos envidian su inimitable elegancia. A no ser por el fastidio que les causa la vida de guarnicion y que los impele á extraños caprichos, los céfiros por su cabeza ardiente y su razon de fuego, serian la flor y nata de los regimientos; por desgracia estos caracteres que no sufren ningun freno, cometen excesos que hacen necesario mandarlos á cuerpos especiales del Africa, en los que la disciplina es terrible.—A pesar de eso encuentran medios de jugar á sus jefes pasadas dignas de la horca, pero las más de las veces son tan divertidas sus farsas y causan tanta risa que desarmen toda cólera y se hace imposible el castigarlos.

El general esperaba al céfiro en medio de su parque.—Muchacho, le dijo, parece que eres muy listo y quiero ocuparte.—El sábado próximo doy un baile y deseo adornar mis bosquesillos con estatuas; necesito, pues, Bacos, Apolos, Vénus, toda la batahola de la antigüedad..... en yeso.

Y porqué no en mármol, ya que

habeis llegado á ese extremo? díjole el céfiro con aire burlon.—En ocho dias..... es imposible!

—Calla, holgazán,—repuso el general frunciendo el ceño,—no gusto de contradicciones.

—Pero, ge... ..

—Basta! Si el sábado á las ocho no has concluido mis estatuas, te aplicaré un mes de calabozo.

El céfiro un poco azorado miró al general y comprendió que no cambiaba.

—Cuánto necesitas para comprar yeso? preguntó el general.

—Cien francos, respondió el céfiro con una sangre fria imperturbable.

Habia tomado su partido acerca de la bizarra pretension de su jefe. Este encontró la suma un poco excesiva, pero se decidió á pasar por ella.

—Toma cinco luises, granuja! dijo el general entregando las cinco piezas de oro al escultor; pero si en realidad el yeso costara tanto seria una economía construir las casas con pilas de durros. Hasta el sábado, á las ocho.

—Mi general, concededme hasta media-noche, pues que la fiesta comenzará á la una.

—Sea, mas no te descuides, procura sobre todo acertar en las diosas y hazme una Vénus acabada.

—Esa es la dificultad, dijo el céfiro, yo no puedo hacer mas que dioses.

—Porqué?

—Porque en el arte cada cual tiene su especialidad; y por lo que hace á mí, no he podido nunca esculpir mujeres.

—Diablo! añadió el general contrariado, eso es desagradable; pero con tal que cumplas la palabra, me resignaré con tus hombres. Vaya! hasta la vista.

—Hasta la vista y gracias, general, dijo el céfiro riéndosele á las barbas. Y se marchó.

Por la noche metia gran ruido en las tabernas de Argel.... hacia danzar los luises del general; durante ocho dias se le vió llevar la vida airada en todos los cafés de la ciudad y alrededores.

La víspera del sábado, el general llamó al céfiro.

He sabido lindas cosas, díjole retoriéndose con furia el bigote,—vaganundeas en lugar de trabajar; has escandalizado anoche en el café cantante; has pasado la noche anterior á la sombra; has apaleado á un negro en la calle Bab-Azoum esta mañana; has.....

—Mi general, interrumpió el céfiro, no puedo modelar sinó cuando estoy chispo; muchos grandes artistas han sido lo mismo que yo; la prueba de que trabajo en vuestros dioses es que alboroto, no tengo inspiracion sinó en la sobreexcitacion de la embriaguez.

—En efecto, he oido decir que muchos escultores fueron tunos acaba-

dos.—Por lo demás, ya sabes, si no estas listo.....al calabozo.

—Basta! dijo el céfiro y volvió las espaldas.

Peró un momento despues llegó de nuevo.

—Mi general, una recomendacion.

—Qué?

—Prohibid á vuestros invitados toquen las estátuas.

—Por qué motivo?

—Porque el yeso estará muy fresco aún y podrian deteriorarlas. Una nada basta para romper una estátua que sale del molde.

—Está bien, se avisará á todo el mundo.

—Pero general, será difícil decir esto de palabra á tantas personas; yo en vuestro lugar pondria un cartel á la entrada de los jardines, con dos quinqués de cada lado y escribiria sobre él en letras grandes: "Se suplica no tocar las estátuas."

—A fé mia! tienes razon. Eso es más sencillo y no hay que incomodarse diciéndolo á tantas personas.

—¿Puedo estar seguro de que no olvidaréis el cartel?

—Puesto que te lo prometí!

—Es porque si no se prohibe tocar mis yesos, no respondo de nada.

—Tranquilízate, se respetará la consigna, que haré colocar en un lugar bien visible. Hasta mañana.

—Hasta mañana, mi general.

Era media-noche, el general terminaba su *toilette* y juraba y renegaba porque su vestido le iba muy estrecho y porque su mayordomo Santiago, apostado en el postigo del jardin, no venia á anunciarle la llegada de las estátuas.—Por fin entró el mayordomo.

—Y bien? dijo el general.

—Ya está abajo, contestó el criado.

—Y los dioses?

—Los ha hecho conducir en parihuelas por negros.

—¿Qué felicidad! ¿Son bellos esos dioses?

—Diablo, mi general, no los he visto; estaban acostados y cubiertos de ropas. Propuse al céfiro ayudarle y quise mirar una de las estátuas, pero...

—¿Pero qué?

—Entónces me dió un punta-pié diciéndome "despeja el campo", que él queria colocar sus obras por sí solo y que si se le molestaba romperia todo.

—Tiene razon ese muchacho, dijo el general alegre de tener sus dioses. ¿Porqué lo incomodabas? Es preciso no contrariar á los artistas.

Y el general acabó de fajarse para poder entrar en su vestido. En seguida bajó al jardin, á la entrada encontró al céfiro en disputas con el mayordomo, delante del cartel en que se hallaba escrito "No tocar las estátuas." El céfiro encontraba las letras muy pequeñas y echaba pestes.

—Poned un quinqué más, dijo el general para arreglar la diferencia y llevóse consigo al escultor para ver los dioses.

El céfiro lo llevó á los lugares más oscuros.

—Dónde diablos has metido tus yesos? Los ocultas lejos de las iluminaciones en bosques espesos.

—Siempre se hace así, dijo el céfiro, el yeso á la luz es horrible, y produce un efecto magnífico entre el follaje en una media-tinta. Vais á ver un Júpiter soberbio.—Y el céfiro tosió con fuerza al acercarse á un empujado bajo el cual se hallaba el Júpiter. El general lanzó un grito de admiración al mirar una magnífica estátua adornada de una barba espléndida.

—Pardiez! dijo aproximándose, es una obra maestra tu Júpiter.

—Verdad que sí, general!

—El gobernador se pondrá furioso, no tiene semejantes obras maestras en su jardin. Pero dime, se parece al cabo-zapador de zuavos.

—El me sirvió de modelo.

—Puedes gloriarte de haberlo copiado exactamente. Vamos á ver los otros.

Y el general dió vuelta á todos los bosquecillos, estasiándose aquí delante de un Apolo, allí delante de un Baco. Sólo notó que el céfiro tosia cada vez que se aproximaba á los sitios en que se hallaban las estátuas, y le hizo la observacion.

—Pero mi general, los nervios.... la emocion.....Se teme tanto no haber salido bien!...

—Toma cien francos y no tosas más, estoy satisfecho de tí, dijo el general.

—Gracias, general, murmuró el céfiro y se escurrió.

Los invitados llegaban, una media hora despues, el baile comenzaba.

De tiempo en tiempo, las parejas que entre dos valeses se escapaban á las calles más espesas del jardin volvían al lugar donde se bailaba y cumplimentaban al general por las estátuas. El Júpiter sobre todo produjo un efecto extraordinario con su rayo en la mano y su barba venerable.—Desde la entrada, el gobernador oyó la conversacion sobre el Júpiter y quiso verlo: el general se apresuró á llevarlo al empujado donde se ocultaba la obra-maestra; los siguió gran número de convidados. Todos se estasiaron.

Los oficiales lo mismo que los empleados civiles conócian al cabo-zapador de zuavos, y el parecido de la estátua con el modelo era realmente admirable. De pronto el gobernador lanzó un oh! que inquietó al general.

—¿Qué tenéis? le preguntó.

—Nada, contestó el gobernador: me pareció que la cabeza de la estátua se movía..... ilusion de seguro.

—Pero nó, dijo un oficial; mirad como se agita.

Todo el mundo estaba admirado, el general no volvia de su estupor. De repente, la cara del dios se crispó, pareció que hacia un violento esfuerzo para contenerse, pero por fin estornudó con todo estrépito.—Se juzgará de la sorpresa de todos. El general aterrado contemplaba el milagro con ojos extraviados. Y el dios habló en dialecto alsaciano.

—Os diré, mi general; la consigna era de no moverme y de no hablar, cuando me vieran, pero no he podido contener el estornudo.

—No cabia duda, era el cabo embadurnado de yeso. El general exasperado arrancó una rama de un árbol para sacudir á Júpiter, pero este saltó á tierra y huyó en medio de las risas inextinguibles de los espectadores.—Los otros dioses, viendo á su compañero huir, comprendieron que su situacion no ofrecia garantías, descendieron de su Olimpo representado por sus pedestales y se escaparon con toda ligereza.—Gran confusion entre los invitados que no habian dejado el baile y entre los que paseaban por las alamedas! Fué una escena verdaderamente risible.

El general habia renunciado ya á dar caza á su Júpiter, cuando su mayordomo azorado corrió hácia él gritando y levantado los brazos al cielo.

—General, general, los dioses se van!

—Déjalos irse, animal, que son dioses falsos.....

Y hablando consigo mismo:—Ya no me admiro de que este tunante prohibiera tocarlos.....

Este incidente habia divertido mucho á los invitados, para que el general guardara algun rencor al céfiro; lo perdonó lo mismo que á los falsos dioses.

(Traducción espresa.)

Recuerdo de Lelia.

III.

LA MELANCOLÍA.

Oh de mi edad temprana frescas flores
De aroma virginal, quién me diria
Que un minuto tan sólo bastaria
Con lianto á marchitar vuestros colores...
Pasadéis como lampo
Que en noche pavorosa surca el cielo;
Cual la yerba del campo
Que en su mañana misma agosta el hielo!

—
Quién puede resistir la eterna queja
Del pecho abierto á la pasion tirana
De amor, que de la vida en la mañana
Clavadas flechas en el alma deja?
Jamás de la primera
Amorosa impresion, el dardo agudo
Romper en su carrera,
Para cerrar la herida, el tiempo pudo.
—
Melancólico siempre y pensativo,
En vano distraccion busqué á mi pena,

Que aquella virgen de hermosura llena
Tenia en mi alma su recuerdo vive.

Amor es de ocasiones.....

Ay del que le oye sin saber que hierre

Amor los corazones

Con amargo penar que nunca muere....!

—o—

Sedienta de ternura el alma mia,
En la fiebre de amor que la irritaba,
Una á una misera contaba
Las horas de la noche y las del dia.
Y así calenturienta,
Mayor halago que en el lecho blando
Encontraba en el viento
Que al crepúsculo vaga suspirando.

—o—

Ah, cuántas veces la gentil aurora,
Perdido del jardin entré las flores,
Me sorprendió llorando y sus fulgores
En mi frente clavó consoladora
Y de senda extraviada
Sentado sobre el césped escondido,
Cuántas veces la tarde á mi gemido
Entonó melancólica balada.....

—o—

La nube errante que en el cielo gira
Al vespertino sollozar del viento,
Del ave triste el quejumbroso acento
Cuando en las ramas del ciprés suspira;
De la viuda paloma
El misterioso lánguido gemido;
Si llora en alta loma
El dulce halago de su bien perdido;

—o—

La Luna macilenta que en el cielo
Marcha entre nubes que su disco esconden;
Las hojas tembladoras que responden
con un ay...de la brisa al son de duelo;
Los arroyos que ondulan
Entre desiertas peñas, gemidores,
La nota que modulan
Del seco prado las marchitas flores;

—o—

Tales eran de mi alma adolorida
Los atractivos, ay! que solo aquello
Que impreso lleva de tristeza el sello
Podia á veces restañar mi herida.
Por eso en las serenas
Nocturnas altas horas, me agradaba
El mundo que callaba
Triste como eran mis amargas penas.

—o—

Y de las sombras los rumores vagos
Misteriosos mi oido acariciaban,
Cuando insomnes los céfiro erraban
Refrescando mi sien con sus halagos.
En vano con perfidia,
De otros jóvenes, trègua á mi tormento
Buscaba en la alegría,
Que paz no hallaba para mí un momento.

—o—

P'acer quiere placer: en este mundo
Entre risa y dolor no hay simpatía,
Y así sólo se junta en armonía
A un gran dolor otro dolor profundo.
Por eso en mi tormento
La soledad buscaba en el retiro
Donde bulleado el viento,
Sus sollozos unia á mi suspiro.

—o—

Era una noche; en el confuso Oriente
La Luna macilenta reflejaba,
Y con su blanca claridad bañaba
A lo lejos la cúspide eminenta.
A los recuerdos dado
De Lelia, estaba á la ventana mia
Que un reflejo extraviado
De la páida Luna triste heria.

Para las almas de tristeza llenas
La Luna tiene indefinible encanto;
Dulce es, al rayo de la Luna, el llanto
Que nos arrancan las amargas penas.
Dulce es á los reflejos
De la Luna genir, porque parece
Que viene de muy léjos
Con ellos una voz que calma ofrece.

Si la hoja seca de la rama cae
Tan dulcemente el corazón suspira;
Y si la rama tambalea, es lira
Que dulcos notas al oído trae.
La Luna es compañera
De almas sensibles, el que triste llora
Una amiga sincera
En ella siempre halló consoladora.

Un azahar en el jardín crecía:
Dejé la estancia, y á su pié sentado,
De Lelia á los recuerdos entregado,
La Luna por las ramas distinguía.
Poco á poco en mi frente
Un peso fui sintiendo, soporoso,
Y allí, tranquilamente
Aletargado me quedé en reposo.

Yo todo lo miraba y lo sentía:
El pausado rumor del manso viento,
El rayo de la Luna macilento,
Del azahar, las ramas que movía.
Pero mi cuerpo estaba
Desfallecido. Distinguí á lo léjos
Nube que caminaba
Hacia mí coronada de reflejos.

Mas cerca al azahar, de cariñosos
Ojos, miré que una mujer venía
Escondida en la nube, y que traía
Corona de jacintos aromosos.
Con plácida sonrisa,
Me dijo:—tú eres mi ilusión soñada—
Y en las flores la brisa
"Mi ilusión" repitió con voz cortada.

Tomó mis manos y en la boca ardientes
Besar me dió que estremecer me hicieron;
Y en mis sienes sus besos repitieron
Aquellos labios de coral, lucientes.
Junto á mí reclinada,
En mi seno ocultó su faz serena,
Y con voz encantada,
—No temas, dijo, calmaré tu pena...

Yo te daré las flores de mi frente
Que forman la corona que más quiero;
Yo te daré mi corazón entero,
Los besos todos de mi labio ardiente.

Y con ternura extrema
Desató de su frente nieve y rosa
La cándida diadema,
Y en mi mano la puso temblorosa.

Mas ay...las flores, al tocar mi mano,
Deshojadas y místicas se cayeron,
Y vil polvo volando se perdieron
Al soplo frío de aquilon insano
Gimió la maja triste
Su corona al mirar despedazada,
Y díjome ¡qué hiciste
De mis flores!.....en lágrimas bañada.

Abrió su casto seno y perfumado
Un lirio de él tomó, que luego el viento
Despedazó iracundo y turbulento
Apénas en mi mano hubo tocado.
La maga suspirante
Exclamó con voz triste ¡Yo me muero....

Sólo besos me quedan!...y punzante,
Otra voz contestó—ya no los quiero...!

Las lágrimas sus ojos empañaron;
Abrazóme gimiendo, y tristemente
Sobre la mia reclinó su frente,
Y ambos senos convulsos palpitaron.
Y oí que me decía
—Ingrato...adios...con moribundo acento
Ay...la esperanza mia
Mas rápida pasó que rauda viento.—

Y en las manos los ojos escondiendo
Envolvióse en la nube vaporosa,
Y al rayo de la Luna, presurosa
Muy triste al cielo la miré subiendo.
Y cuando ya la nube
En el azul del cielo se perdía,
El llanto que contuve
En mi letargo, fervido corría.

Y entonces, como aquel que ha despertado
De sueño horrible que embargó su mente,
Medroso alcó los brazos, y doliente
Un quejido lancé de esperado.....
La Luna tristemente
Su curso melancólica seguía,
Y en la yerba el ambiente
Soñoliento entonaba una elegía.....

Charla.

Suenan rumores de guerra: nosotros de todo corazón preferiríamos que sonara la trompeta del juicio final.— Se dice que pelearémos por defender la patria, esto es, por defendernos y que tendrémos que luchar contra tres enemigos, que no son como los tres enemigos del alma, por más que algunos deslenguados encuentren parecido entre unos y otros.

El efecto que esta noticia ha producido en la mayoría es el que corresponde á la dignidad nacional, pero con todo algunos jóvenes josefinos son tan prudentes ("el medio es natural en el prudente") que la han acogido con bastante frialdad, en lugar de llenarse de una santa cólera contra los anunciados invasores. Algunos desean ir á la guerra, pero á condición de tomar parte en "el refresco," siempre que lo haya; otros opinan por quedarse en el interior haciendo la guerra á sus pasiones y combatiendo sus malos hábitos, pelea en la que han de perecer, según dicen; otros serían capaces de empuñar el rifle, pero por compromiso y de mala voluntad, y que ya en un combate, correrían... tras la gloria: otros, en fin, alegan su carácter pacífico, enemigo de pendencias y de quimeras, y aun hay algunos que á la sola noticia de una batalla, sufrirían no digo una "síncope" sino todas las figuras de dición y todas las figuras de pensamiento.

No falta quien diga: "yo no dejo de ir á la guerra por miedo, no iría porque las guerras se han de acabar y no quiero contribuir con mi presencia á una cosa tan bárbara. Porqué no nacería un poco más tarde, en el siglo XX, cuando no haya guerras?"

Esto por lo que hace á los jóvenes de la capital, pues respecto á los de las provincias no sabemos en qué disposición se encuentran.

Nosotros por nuestra parte, sólo sabemos que con miedo ó sin él, debemos defendernos de todo ataque enemigo, y luchar hasta morir por nuestra patria. Recordemos sobre todo, en este caso, que el poeta latino dijo ya: "Dulci est pro patria mori."

Cosa extraña, pero á la noticia de guerra las mujeres se muestran más valorosas y más resueltas que los jóvenes. Sabemos que unas niñas se proponen levantar una cruzada de la caridad é ir á curar los heridos, en los campos de batalla. Heroica resolución! Y ya nos parece ver á cada una de estas "espartanas" convertida en una hermana de caridad, y en medio del campo, entre el ruido del combate y entre los ayes y quejas de los moribundos y de los heridos, con aire sereno y con su sonrisa de ángel, aplicando á todo dolor un consuelo, á toda herida un bálsamo vivificante, y animando á los espirantes con su ejemplo valeroso á morir por la patria.

Nosotros dirémos además que si tuviéramos que combatir y una bala enemiga nos llevara la mitad del rostro ó la mitad del pecho, cuando una de estas cruzadas de la "Santa Armada" nos aplicara una venda ó una sonrisa, sentiríamos dejarlas, y de ninguna manera morir, pues en ese instante desearíamos tener varias vidas que ofrecer á nuestra patria, á trueque de ser ellas quienes recogieran nuestro último suspiro.

Oh! si tal hicieran, sus nombres serían para siempre inscritos entre los acreedores al reconocimiento nacional y grabados en letras de oro en el libro de las heroínas, á la par de Juana de Arco y de Carlota Corday.—Pero hay seres tan maldicientes que se burlan de ese calor patriótico del bello sexo y que dicen que esas niñas más que en el libro de la historia quieren que su nombre sea inscrito en el registro matrimonial, y más que ir á curar heridos quedarse hiriendo corazones y haciendo la guerra con los ojos.

Nosotros aplaudimos la idea aunque no se realice, pues es verdaderamente patriótica y es justo que en estos casos extremos, cada cual contribuya con lo que pueda á la defensa del territorio nacional,—los ricos con su dinero, las mujeres con su caridad y los soldados con su sangre.

Es indudable que la sociedad moderna necesita de muchas reformas y que una de las más apremiantes es la del matrimonio. El amor se ha tenido hasta hoy por cosa de mucha importancia, pero nosotros lo consideramos como una verdadera enfermedad de la naturaleza humana,—enferme-

dad á veces agradable, preciso es confesarlo, pero siempre de terribles consecuencias y difícil de curar pues que rechaza el remedio.—Ahora bien, hacer del amor la base de la familia es un grave error, tan sólo perdonable en épocas de atraso y de exaltación imaginativa, cuando era divisa de todo caballero "su Dios, su rey y su dama,"—divisa cuyos tres términos eran entonces tan falsamente concebidos.

En el siglo XIX, en que se vive una vida tan agitada y tan rápida, no puede dedicarse un solo minuto á juegos de corazón y á juegos de miradas,—el hombre de esta centuria necesita no perder en niñerías su tiempo que es su dinero, y cuando llegara á creer conveniente para su estado y condición echar sobre su cuello el duro lazo matrimonial, debería no molestarse tanto en buscar un "verdugo" á su manera y á su capricho, sino atrapar al que primero se presente medianamente aceptable. Porque después de todo, el matrimonio no es ni puede ser un estado de felicidad; la felicidad es una creación poética, es la "piedra filosofal" que en ninguna parte se encuentra. Cuando un hombre se casa lleva en su mente un ideal, una quimera; se apaga el entusiasmo, desvanecidas las ilusiones de la luna de miel, que por desgracia no tiene muchas fases, y entonces se encuentra con la verdad de la situación, terrible situación! Para lograr, pues, hacer menos pesada la dura carga y más llevadera la cruz del matrimonio, pues no en toda pasión hay un Cirineo, es preciso establecer bajo algunas precauciones la disolubilidad. Cuando deshecho el encanto de las primeras impresiones, los esposos en una discusión racional, se convencen de que no pueden vivir por más tiempo la vida conyugal, entonces la autoridad debe separarlos para evitar las consecuencias de una unión desgraciada. Tal es la reforma que necesitamos: hacer que el matrimonio no sea un problema algebraico, con varias incógnitas, que solo se ha de resolver una vez y por personas ignorantes en la ciencia matemática.

Admirable, dije yo al amigo que me exponía doctrina tan original, muy conveniente, si las cuestiones del corazón se resolvieran por números y no tuvieran más consecuencias que las de una cuenta mal sacada.

C.

Las benévolas apreciaciones que del "Periódico Nuevo" y de sus redactores hace "La Gaceta" demuestran indulgente simpatía;—saludamos reconocidos á nuestro colega, y vemos un estímulo mas en la generosa acogida con que, tan autorizadamente, nos recibe en el estadio de la prensa.

PIO JOSE VIQUEZ.

Editor responsable.

Administración: Calle del Seminario n.º 20. O.

Imprenta de la Paz.—Calle del Laberinto.